

2.<sup>a</sup> EDICIÓN

# CRISTIANOS MÁS ALLÁ DE LA RELIGIÓN

CRISTIANISMO Y NO-DUALIDAD

ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO

ACTUALIDAD



PPC  


ENRIQUE MARTÍNEZ LOZANO

CRISTIANOS MÁS ALLÁ  
DE LA RELIGIÓN

CRISTIANISMO Y NO-DUALIDAD



Primera edición: enero 2015  
Segunda edición: marzo 2015

Diseño: Ignacio Molano / Estudio SM

© 2015, Enrique Martínez Lozano  
© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
ppccedit@ppc-editorial.com  
www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2814-7  
Depósito legal: M-00.035-2015  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

*Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.*

## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| INTRODUCCIÓN .....  | 11  |
| 1. JESÚS .....  | 25  |
| 1. Divinización, apropiación y domesticación .....                              | 26  |
| 2. Consecuencias.....   | 30  |
| 3. Desde la perspectiva no-dual: Jesús, «espejo» de lo<br>que somos todos ..... | 36  |
| 2. EVANGELIO .....  | 46  |
| 1. Entre la anécdota y el moralismo .....                                       | 48  |
| 2. ¿Verdad revelada? ¿Revelación particular? .....                              | 52  |
| 3. Mensaje de sabiduría universal para ser<br>contrastado personalmente .....   | 61  |
| 3. DIOS .....   | 64  |
| 1. Un dios proyectado .....   | 65  |
| 2. Un dios ambiguo y peligroso .....  | 69  |
| 3. ¿Dios, Alá... o ninguno de los dos? Islam<br>y No-dualidad .....             | 77  |
| 4. El Misterio último es Verdad, Bondad y Belleza ...                           | 86  |
| 4. FE .....   | 102 |
| 1. Una fe mítica .....  | 103 |
| 2. Fe, una palabra polisémica .....   | 113 |
| 3. De la fe a la visión .....   | 119 |

|  |     |
|--|-----|
| 5. PERDÓN .....  | 123 |
| 1. Pecado y culpabilidad .....   | 123 |
| 2. De la culpabilidad a la responsabilidad .....                       | 129 |
| 3. Más allá del perdón .....   | 139 |
| 6. SALVACIÓN .....   | 146 |
| 1. Una lectura sacrificial, expiatoria y dolorista<br>de la cruz ..... | 146 |
| 2. Vuelta a la historia, más allá del mito .....                       | 151 |
| 3. La salvación es Ahora. Plenitud es lo que somos ..                  | 156 |
| 7. CIELO .....   | 162 |
| 1. La «otra vida» como proyección de esta .....                        | 162 |
| 2. La esperanza como trampa .....                                      | 171 |
| 3. Somos Vida .....  | 179 |
| 8. LIBERTAD .....  | 186 |
| 1. El espejismo de la libertad .....                                   | 188 |
| 2. La miopía del determinismo .....                                    | 194 |
| 3. La verdad es la libertad .....                                      | 197 |
| 9. AMOR A SÍ MISMO .....   | 212 |
| 1. Recelos y ambigüedades .....  | 213 |
| 2. La importancia decisiva del amor a sí mismo ....                    | 216 |
| 3. El Amor es .....  | 220 |
| 10. COMUNIDAD Y COMPROMISO .....                                       | 227 |
| 1. El sentido ambiguo del término «Iglesia» .....                      | 227 |
| 2. Las trampas del compromiso .....                                    | 235 |
| 3. Comunidad y compromiso nacen de la<br>Comprensión .....             | 237 |

|   |     |
|---|-----|
| CONCLUSIÓN. SITUARSE EN EL TESTIGO PARA VIVIR LO QUE<br>SOMOS EN LA VIDA COTIDIANA .....        | 243 |
| ANEXO I. CUANDO LA RELIGIÓN CONFUNDE. CAMBIO<br>RELIGIOSO, ESTEREOTIPOS, IDIOMAS Y VERDAD ..... | 249 |
| ANEXO II. EL EMERGER DE UNA ESPIRITUALIDAD SIN DIOS .   | 276 |
| ANEXO III. RELIGIÓN, ATEÍSMO Y ESPIRITUALIDAD.<br>MAPAS Y TERRITORIO .....                      | 298 |

*A Ana, en la vivencia de la no-dualidad,  
Gratitud y Amor sin costuras.*





Las palabras «yo» y «mío» constituyen la ignorancia.  
Dicho atribuido a PLATÓN

Es una perversión de la inteligencia creer que la razón  
lo solventa todo.  
GIORGIO NARDONE

La insistencia en lo demostrable,  
¿no cierra el camino hacia lo que es?  
MARTIN HEIDEGGER

Metáforas vivas y actuantes [...], única forma  
en que ciertas realidades  
pueden hacerse visibles a los torpes ojos humanos.  
MARÍA ZAMBRANO

«Cuando yo uso una palabra –insistió Humpty Dumpty  
con un tono de voz más bien  
desdeñoso– quiere decir lo que yo quiero que diga...  
Ni más ni menos».  
«La cuestión –insistió Alicia– es si se puede hacer que las palabras  
signifiquen tantas cosas diferentes».  
«La cuestión –zanjó Humpty Dumpty– es saber quién es el que  
manda... Eso es todo».  
LEWIS CARROLL

Todo el mundo tiene derecho a dudar de todo tan a menudo  
como quiera. Es obligado dudar al  
menos una vez. Ninguna forma de ver las cosas es tan sagrada  
que no pueda reconsiderarse. Ninguna forma de hacer las cosas  
es tan óptima que no pueda mejorarse.

EDWARD DE BONO

Es casi equivocarse estar seguro.

ANDRÉS TRAPIELLO

Me siento más cerca de aquello que el lenguaje  
es incapaz de expresar.

RAINER M. RILKE

Bienaventurados los que saben que detrás de todos los lenguajes  
se halla lo Inexpresable.

RAINER M. RILKE

Cuando a un niño le enseñas que un pájaro se llama «pájaro»,  
el niño no volverá a ver el pájaro nunca más.

JIDDU KRISHNAMURTI

La razón instrumental, constituida en razón absoluta,  
esclavizaría como el más terrible tirano, enajenando,  
alienando al hombre en su ser esencial.

PILAR MORENO RODRÍGUEZ

Las palabras nunca alcanzan cuando lo que hay  
que decir desborda el alma.

JULIO CORTÁZAR

Sobre esto no existen escritos míos ni existirán nunca, pues este  
saber no puede ser expresado al modo de los demás, formulado  
en proposiciones, sino que es el resultado del establecimiento de  
un trato repetido con aquello que es la materia de este saber.

PLATÓN

Lo malo del falso dios es que nos impide ver al verdadero.  
SIMONE WEIL

Cuando quien conoce diferencia lo conocido de quien conoce, ese  
conocimiento no es real.  
SESHA

Entre usted y Dios no hay espacio para un camino.  
NISARGADATTA

La Realidad es No-Dual, es decir, carece de toda división.  
GILBERT SCHULTZ



## INTRODUCCIÓN

No hacen lo que dicen (Mt 23,3).

Un famoso cuento sufí del santo loco Mullâh Nasrudin narra que un rey, decepcionado por la falta de honestidad de sus súbditos, decidió obligarlos a decir la verdad. A tal efecto hizo colocar una horca a la entrada de la ciudad, mientras un guardia anunciaba:

–Todo el que entre por la ciudad deberá responder a una pregunta que le hará el capitán de la guardia. Y quien no diga la verdad será ejecutado.

El primero en pasar fue Nasrudin. El capitán le dijo:

–¿Dónde vas? Dime la verdad... o morirás ahorcado.

–Voy a que me cuelguen en esa horca –dijo Nasrudin.

–¡No te creo! –respondió el capitán.

–Muy bien –respondió tranquilamente Nasrudin–. Entonces ahórcame si he dicho una mentira.

–¡Pero entonces se convertiría en verdad! –dijo el guardia confundido.

–Exactamente –respondió tranquilamente Nasrudin–, tu verdad.

Las palabras son tan limitadas como nuestra mente. Y esta únicamente se mueve con soltura y eficacia en el mundo de los objetos (materiales, mentales o emocionales), ya que la tarea de pensar equivale a delimitar, es decir, a establecer fronteras y, en consecuencia, a separar y objetivar.

Cada vez somos más conscientes de que, debido a su propia naturaleza, la mente engaña desde el inicio, porque considera como «objetos separados» lo que no es sino una unidad inextricablemente interrelacionada. Toda separación es solo una ilusoria ficción mental.

Las palabras adolecen de ese mismo límite, con el añadido de que hacen creer que, por el hecho de nombrar algo, ya lo conocemos adecuadamente<sup>1</sup>. No es extraño que nuestros antepasados, fascinados por tal espejismo, consideraran que «poner nombre» a algo equivalía a «tener poder» sobre lo nombrado.

En esa acción de nombrar ocurre además que el lenguaje tiende a sustantivar todo, con lo que, inadvertidamente, reduce la realidad a una suma de «cosas» aisladas, clausuradas y terminadas en sí mismas, ignorando que todo lo que existe forma parte de –y constituye– un flujo permanente en constante devenir. De hecho, el uso del infinitivo, y más aún del gerundio, dentro de los inevitables límites verbales, daría razón más adecuada de lo real. Todo es un incesante hacerse o *estar siendo* de la Totalidad desplegándose en infinidad de formas que a su vez, dinámicamente, «están siendo» y «dejando de ser»<sup>2</sup>.

La física cuántica nos descubre que no existen partes separadas en ningún nivel de la escala evolutiva: como una

---

<sup>1</sup> Esto se aprecia reiteradamente en el campo de lo religioso, en el que fácilmente se identifica nada menos que al Misterio último con la *idea* que el sujeto se hace del mismo. De ese modo cae en un espejismo peligroso: pensar que el hecho de nombrar a «Dios» ya le garantiza haberlo encontrado. El proceso culmina cuando, aun sin darse cuenta, la persona «reduce» a Dios a la *creencia* que ella misma tiene. Volveré sobre ello, especialmente en los Anexos.

<sup>2</sup> Eso mismo ocurre, por ejemplo, con la palabra «energía». Una vez fijada, la mente cosifica su significado y la reduce a un «objeto» delimitado del que ella podría hablar adecuadamente. La realidad, sin embargo, es otra: la energía no es algo delimitado y objetivable, sino un permanente «fluir» o «estar siendo» de un vacío primordial que a nuestra mente se le escapa por completo.

placa holográfica, cada fragmento es una expresión concreta de la única y misma realidad. El mundo –sigue advirtiendo la física cuántica– no es una suma de cosas (sustantivadas), sino una telaraña de intrincadas relaciones en perpetuo juego. *Lo que vemos, por tanto, y por más que resulte extraño a nuestra mente y al llamado «sentido común», no son nunca cosas, sino nuestra interacción con ellas.* Porque, finalmente, no existen «objetos», sino «probabilidades de existir» bajo determinadas condiciones. Las llamadas partículas elementales no son en realidad objetos, sino estados excitados del originario vacío cuántico.

Cuando vemos cualquier objeto creemos estar viendo una realidad consistente, separada de todo lo demás y cerrada en sí misma. ¡Y a eso lo llamamos «realismo objetivo»! Pero en rigor no hay tal<sup>3</sup>; si pudiéramos ver lo que ocurre en el nivel más elemental, lo que percibiríamos sería un incesante y vertiginoso baile de partículas que están naciendo y muriendo constantemente. Ser solo es el Fondo (Vacío) originario de donde todo está brotando, la Consciencia una expresándose en todo; todo lo demás –los objetos que percibimos a través de la interpretación que hace nuestra mente– *no es, está aconteciendo.* ¡Cómo apreciamos ahora la sabiduría de Plotino, que, diecisiete siglos antes de que naciera la física

---

<sup>3</sup> Como afirma el físico Brian Greene, la realidad resulta ser muy diferente de lo que nos muestran nuestros propios sentidos; donde nuestros ojos no ven nada hay en realidad una red de conexiones sobre la que están todas las cosas del universo, la *malla* que hace funcionar la realidad física, el *campo morfo genético* de donde todo está surgiendo constantemente: «La realidad que experimentamos es tan solo un pálido reflejo de la realidad que es», B. GREENE, *El tejido del cosmos. Espacio, tiempo y la textura de la realidad*. Barcelona, Crítica, 2010, p. 613. «El universo es un inmenso campo de Higgs que provee de masa a todos los entes que lo pueblan... Sin ese campo, todas las partículas serían libres, se moverían a la velocidad de la luz y, por tanto, carecerían de materia y de temporalidad», F. DÍEZ, *Ciencia y consciencia. El paradigma cuántico y la búsqueda espiritual*. Barcelona, Kairós, 2013, p. 50.

cuántica, escribía: «Todo ser corporal es un acontecer, no una sustancia»<sup>4</sup>!

La física cuántica sabe que «el mundo de las partículas elementales sin observación consciente carece de realidad y no es otra cosa que una abstracción matemática, una función de onda de probabilidades»<sup>5</sup>. Con ello, la protagonista de todo no puede ser otra que la consciencia –sin consciencia, sin apercepción, no existe nada; todo lo demás se encuentra en estado virtual–, aunque los físicos se resistan a entrar en ese campo<sup>6</sup>. Pero queda claro que «no es lo mismo percibir el mundo como un espacio lleno de seres y cosas individuales que verlo todo como producto de una red de interrelaciones que nos unifican a otro nivel de realidad, y en el que nuestra percepción tiene mucho que ver con lo percibido»<sup>7</sup>.

Los límites del lenguaje se aprecian con especial intensidad cuando nos referimos a realidades no objetivables. Hasta el punto de que, como ha ocurrido en el caso de la moderni-

---

<sup>4</sup> *Enéadas* IV, 7, 8, citado en M. CAVALLÉ, *La sabiduría recobrada. Filosofía como terapia*. Madrid, Oberon, 2002, p. 108 (existe una edición en Kairós de 2011). Un poco antes, la propia autora había escrito: «Lo que ordinariamente denominamos “mundo”, lejos de ser una realidad incuestionable e independiente de nosotros, es algo que construimos e interpretamos a partir de un número ingente de impactos informativos que recibimos a través de los sentidos... A su vez, estas impresiones son en sí mismas ininteligibles; adquieren orden, inteligibilidad y coherencia al ser filtradas e interpretadas por el lenguaje y el pensamiento conceptual. Es en este momento cuando hablamos de un “mundo” y de las “cosas” del mundo» (p. 99).

<sup>5</sup> F. Díez, *Ciencia y consciencia*, o. c., p. 12.

<sup>6</sup> La llamada «interpretación de Copenhague», considerada la ortodoxa, acepta que las partículas elementales carecen de realidad antes de la observación consciente. Sin embargo, aun reconociendo que se han encontrado con el misterio de la consciencia –la gran cuestión del futuro para las ciencias–, los científicos tratan de ignorarlo mirando hacia otro lado. Cuentan que cuando a Werner Heisenberg (1901-1976) –uno de los padres de la física cuántica– le preguntaban si las partículas eran reales en sí mismas, contestaba que su médico le prohibía hablar de metafísica.

<sup>7</sup> F. Díez, *Ciencia y consciencia*, o. c., p. 13.



dad occidental, se ha llegado a negar todo aquello que no podía ser nombrado adecuadamente.

Con certeza, del misterio de lo Real únicamente se puede decir que es «lo que es» o «lo que está siendo». Porque tal misterio, por definición, trasciende lo que puede ser pensado y nombrado. Ahí nos faltan palabras, como nos faltan conceptos; solo se nos regala a través del Silencio: es el «conocimiento silencioso».

En estos límites invencibles se halla precisamente el germen de la confusión, manipulación y adulteración que el uso del lenguaje produce con frecuencia. Tal perversión, con las nefastas consecuencias que conlleva, se ve reforzada además por dos factores, directamente relacionados con la conciencia egoica: por un lado, la necesidad de *poseer la verdad* y, por otro, la *búsqueda de poder*. Veamos más despacio cómo funcionan ambos intereses y qué mecanismos ponen en marcha.

El ego –o yo– siente *necesidad de poseer la verdad*. Y esto se hace particularmente intenso en el nivel mítico de conciencia. El sentimiento de pertenencia, característico de este estadio, desemboca en un acentuado etnocentrismo, que lleva a considerar al propio grupo por encima de los demás, así como portador de *la* verdad absoluta, que, lógicamente –como no puede ser de otro modo–, confunde e identifica con sus particulares creencias.

Eso es exactamente lo que ocurre siempre que se esgrime la pretensión de poseer la verdad: que la Verdad, inapresable para la mente, se reduce a un objeto delimitado, es decir, a una fórmula o expresión mental y verbal.

El proceso es sencillo: desde la necesidad de poseer la verdad, una vez que ha emergido la mente, el ser humano se ve tentado a pensar que lo que él ve *tiene que ser* necesariamente la verdad misma. Una vez más, como suele hacer con todas las polaridades, el pensamiento fracciona la realidad,

dividiéndola en dos mitades: quienes están en la verdad y quienes se hallan en la mentira. El ser humano se encuentra aún dominado por el encantamiento del más rígido dualismo, y eso le impide advertir que los dos polos –lo que él llama «verdad» y «mentira»– no son sino dos aspectos que, en el mundo manifiesto, se reclaman mutuamente y que, como ocurre con las dos caras de una moneda, no pueden existir el uno sin el otro. Aunque, en un nivel profundo, ambos queden secreta y perfectamente abrazados en la Verdad no-dual (transmental).

¿Y de dónde viene la necesidad del ego de poseer la verdad? Es uno de sus modos de autoafirmación. Al ser una entidad ilusoria, una ficción mental, el ego se sostiene gracias únicamente a los mecanismos de la *identificación* y la *apropiación*: se identifica con cualquier objeto a su alcance y se apropia de todo aquello que, a la vez que le resulta «agradable», le otorga la sensación de una cierta solidez o consistencia.

La necesidad del ego se conecta, desde el inicio mismo de la existencia humana, con la primera necesidad de nuestro psiquismo. El niño es pura necesidad: de sentirse reconocido, amado, seguro... La seguridad –que muy pronto se vinculará con la «necesidad de controlar» y se extenderá a todos los ámbitos de la existencia– constituirá una búsqueda incesante de algo en lo que pueda sostenerse: objetos exteriores, pertenencias, títulos, ideas o creencias, sensaciones, relaciones... La búsqueda resultará frustrante y no cesará hasta que la persona descubra que su seguridad no se halla en nada que sea objeto, sino que radica en su –inobjetivable– identidad más profunda.

Por otro lado, el ser humano, más allá incluso de las estrategias del ego, siente una necesidad interna, íntima e insoslayable de coherencia y, en último término, de verdad. Se

trata de una aspiración que coincide con nuestra misma identidad profunda: «Verdad» es otro de sus nombres. En sentido profundo, *somos Verdad* y, aun cuando –advertida o inadvertidamente– nos movamos en la mentira, sentiremos la necesidad de «dar coherencia» a lo que hacemos y decimos, incluso recurriendo al mecanismo de la autojustificación.

Pues bien, el ego «sabe» que solo se sostiene lo que se apoya en la verdad. De ahí su pulsión por arrogarse la posesión de la verdad como algo que él «controla» y de lo que hace derivar un estatus, no solo de estabilidad, sino incluso de superioridad sobre los demás.

Aunque sea entre paréntesis, me parece importante subrayar, ya desde esta misma introducción, que *esa aspiración profunda a la verdad constituye una de las señales más significativas de que nuestra identidad profunda es Verdad*, y que podemos tener acceso a ella de un modo experiencial, directo y no mediado por la mente.

Dentro de su afán de seguridad, *la ilusoria identidad egoica busca también desesperadamente el poder*. Debido a su carácter inconsistente y vacío, el yo ansía aferrarse a cualquier cosa que le otorgue una sensación de existir. Por ello ambiciona tener poder en el que asentarse y, lo que es más importante, le haga destacar y sobresalir sobre los demás, a quienes imponer sus criterios o su fuerza.

El poder, junto con el tener y el aparentar, se convierte así en una obsesión para el yo. Poco importa que, objetivamente, se llegue a una situación de poder real sobre otros; el yo sigue siendo el «pequeño enano» que habita en nuestra mente y que, como me decía un amigo sabio, anda buscando la ocasión de gritarle a alguien: «No sabe usted con quién está hablando».

La búsqueda de poder se convierte, desde esa necesidad compulsiva, en un factor extremo de división y enfrenta-

miento. El yo no solo se ve separado de los demás, sino que trata de imponerse sobre ellos. Desaparece cualquier posibilidad de una visión holística, en la que todos nos percibamos miembros de un mismo y único «organismo», y seguimos en la trampa de considerarnos yoes enfrentados, en guerra permanente.

Tenía razón Jesús cuando –percibiendo el afán de poder como el factor más peligroso de división– lo cortaba firmemente en cuanto se hacía presente entre los discípulos de su grupo (Mc 9,33-37; 10,35-38):

Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus magnates las oprimen. No ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea esclavo de todos. Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a entregar su vida por todos (Mc 10,42-45).

Mientras permanezcamos identificados con el yo sentiremos necesidad de «sostenerlo» y, por tanto, de sentirnos «poderosos». Desde esa compulsión no es extraño que se usen también las palabras para afianzarse en el poder. En efecto, es frecuente que quien ostenta una posición desde la que puede determinar el significado y el contenido de las palabras trate de adueñarse de la voluntad de las personas.

Si nos centramos en el campo religioso, objeto de este trabajo, tal peligro resulta manifiesto. Aquel a quien se reconoce poder para definir qué entender por «Dios», «persona», «mandamiento», «pecado», «moral», «libertad»... se situará automáticamente en un estatus de superioridad desde el que dirigir o coaccionar la conciencia de los individuos que, de una u otra forma, se hallan bajo su autoridad.

Desde esta perspectiva se comprende el mecanismo por el que, en un proceso que puede ser incluso inconsciente o inadvertido, quienes ejercen autoridad busquen definir el significado de las palabras y «apropiarse» de su contenido como medio de control grupal o social.

No es extraño, por tanto, que *términos que han nacido cargados de novedad, frescor, innovación e incluso de libertad acaben legitimando el poder, la sumisión y la rutina, en un proceso de institucionalización, cosificación e incluso momificación*. Tanto la novedad como la carga innovadora que aquellas palabras contenían en su inicio desaparecen como resultado de un *proceso de domesticación* en función de nuevos intereses.

Lo que intento en este trabajo es «rescatar» algunas palabras básicas del cristianismo –y sus correspondientes contenidos– que han sido indebidamente apropiadas por el poder religioso –el aparato institucional–, así como por una determinada teología, catequesis y predicación... Palabras y contenidos que han terminado desvirtuados con respecto a la intuición original y, lo que es más grave, han extraviado, atezado o perjudicado a no pocas personas de buena fe que han tomado como «verdad divina» lo que solo era un «mapa humano», con frecuencia pervertido o al menos «interesado».

Lo que ofrezco es también, obviamente, un mapa; no puede ser de otra forma: todo lo que brota de la mente y de la palabra únicamente es «señal» que apunta a una realidad mayor. Si a alguna persona le sirve para poner nombre a su propia experiencia, ese será el mayor logro. Porque la verdad no puede ser pensada ni puede ser dicha, únicamente puede ser vivida, solo puede ser *sida*.

Hago la aproximación a estas palabras fundamentales de la teología cristiana *desde una perspectiva no-dual*, convencido de que el modelo no-dual de cognición es capaz de

dar razón de lo real con infinito mayor rigor que el modelo mental<sup>8</sup>. Este último, que únicamente puede moverse en el mundo de objetos delimitados, parte del a priori erróneo que considera la realidad como una suma de elementos separados. El modelo no-dual, por el contrario, sin negar las diferencias, reconoce la «no separación» de todo, por lo que nos permite intuir más adecuadamente el misterio de todo lo que es.

Lo más *característico de la no-dualidad* es el reconocimiento de que no existe nada separado de nada. Es solo nuestra mente, debido tanto a sus límites como a su inherente naturaleza dual, la que percibe únicamente separación, confundiendo y tomando como «realidad» lo que solo es una expresión «aparente» de la misma. En lo profundo, todo es (somos) Uno, que se expresa en admirables diferencias. Pero «diferencia» no significa en absoluto «separación»: no existen dos olas iguales, son todas diferentes, pero todas son agua. *La realidad es «una sin costuras».*

Las repercusiones de la perspectiva no-dual son inmediatas y revolucionarias para nuestro modo habitual (mental) de asumir la realidad. Y afectan también –es inevitable– a los planteamientos religiosos y a las imágenes (mentales) de Dios.

Esto explica que, cuando una persona religiosa teísta se acerca a esta perspectiva, tema que todo se le venga abajo, experimentando incluso sentimientos dolorosos de orfandad, de infidelidad o hasta de culpa. En realidad no se «cae» nada valioso, excepto aquello que era pura construcción

---

<sup>8</sup> Para la justificación de esta afirmación, que aquí doy por supuesta, así como para comprender los presupuestos en los que descansa el presente trabajo, debo remitir a lo que he escrito en *Otro modo de ver, otro modo de vivir. Invitación a la no-dualidad*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 2014.

mental carente de fundamento real –lo cual es bueno que se caiga–; lo que se produce es un *profundo cambio de perspectiva* al empezar a percibir que *nada es lo que parece*.

Caerán todas las imágenes de Dios, caerán conceptos y catecismos aprendidos...; antes o después tendrán que caer todas las creencias, porque son simplemente «objetos mentales». Pero –justo en la medida en que caigan– estaremos en condiciones de abrirnos a una profundidad mayor que trasciende los límites de la mente. Dejaremos de *pensar* a Dios para reconocernos en él de un modo «no separado».

Porque la no-dualidad nos hace ver que *Dios y nosotros somos no-dos*. El Misterio último de lo que es no es distinto de nuestro núcleo más profundo. En consecuencia, acceder a la verdad de sí mismo es llegar a la verdad de Dios: *el Fondo de lo real es solo Uno*.

Al llegar a este punto, las religiones –en cuanto construcciones humanas que tratan de vehicular nuestro Anhelado más profundo–, sin ser necesariamente desechadas, se ven trascendidas en un horizonte infinitamente más amplio y unificador. A eso alude precisamente el título del libro: *Cristianos más allá de la religión*.

La sabiduría –espiritual, plenamente humana– de Jesús quedó «encorsetada» en una religión histórica, con todo lo que ello supuso de ventajas y de inconvenientes. Entre estos últimos, quizá el más grave haya sido el de la absolutización de la propia religión cristiana y de la institución que la gestionaba. En ese sentido podría decirse que *la religión devoró a la espiritualidad*; el «mapa» (particular y separado) nubló e hizo olvidar el «territorio» (uno y compartido).

Progresivamente se va abriendo paso –también en el mundo cristiano– una doble certeza: por un lado, que el mensaje de Jesús no fue «religioso», sino genuinamente «espiritual» (humano); por otro, que es posible conectar con aquel mensaje

y vivirlo sin necesidad de una adscripción religiosa. Es decir, *se puede ser «cristiano» sin ser «religioso»*.

Esta es la propuesta que ofrezco en las páginas que siguen. A partir del cristianismo que ha llegado hasta nosotros –y que yo mismo he profesado durante años– intento «traducir» algunos términos clave de su teología, catequesis y predicación desde la perspectiva no-dual. Es precisamente esta perspectiva la que lleva a *trascender las particularidades religiosas*, permite *conectar con el mensaje original de Jesús* y posibilita *encontrarnos en el territorio común y compartido* de la unidad que somos.

Como, en cierto sentido, se trata de una «traducción», quiero expresar mi respeto profundo hacia aquellas personas que expresan su fe en otro «idioma». Mi propuesta es, por eso, un ofrecimiento dirigido a quienes puedan «leerse» en ella, poniendo palabras a lo que viven y sienten.

Pero, en este caso, no es únicamente «traducción», sino una cierta denuncia sobre el uso y abuso de palabras «sagradas» que, de un modo consciente o inconsciente, se han utilizado como medio de manipulación de las conciencias. Es obvio, sin embargo, que la denuncia se refiere al hecho en sí, no a personas concretas. Entre otras cosas porque, cuando alguien hace daño, eso se debe exclusivamente a la ignorancia –inconsciencia de quien está «dormido»–, que nos hace creer que las cosas son tal como nosotros las vemos.

Este objetivo marca el desarrollo que habrá que seguir en cada capítulo: 1) comprender lo que se ha «cargado» sobre la palabra en cuestión; 2) deconstruir lo añadido; y 3) reencontrar –desde una perspectiva no-dual, como he señalado más arriba– del modo más fiel posible el núcleo genuino en el que podamos reconocernos.

He tomado diez palabras que me parecen clave en la teología cristiana. Habría quizá muchas otras que también mere-



cieran aparecer. Sin embargo, de lo que se trata es no tanto ser exhaustivo cuanto señalar algunas claves de lectura que nos permitan reconocernos profundamente en aquello que nombramos.

Esas diez palabras, contenido de los respectivos capítulos, son las siguientes: Jesús, evangelio, Dios, fe, perdón (pecado y culpa), salvación, cielo (y novísimos), libertad, amor a sí mismo y comunidad-compromiso<sup>9</sup>.

Mi único objetivo, como decía más arriba, es ofrecer un «mapa» que pueda ayudar, por un lado, a limpiar algunos términos que se han desfigurado históricamente por diferentes motivos y, por otro, posibilitar lecturas más adecuadas a tantas personas que se hallan en búsqueda de «nombrar» lo que viven o quieren vivir.

Por eso me ha parecido oportuno incluir *tres anexos* en los que, a partir de circunstancias concretas, trato de abordar expresamente la cuestión de los «mapas religiosos». Propongo claves y pistas para avanzar en la comprensión del cambio en el que estamos inmersos –un cambio de envergadura desacostumbrada–, así como para hacer luz específicamente sobre el fenómeno novedoso –y con frecuencia mal planteado y peor comprendido– de la *emergencia de una espiritualidad sin Dios*.

Los mapas son todos relativos –relacionales– por la sencilla razón de que somos seres situados, que elaboramos elementos igualmente situados en el tiempo y en el espacio. Lo decisivo, por tanto, no son las indicaciones, sino el reconocimiento de la Verdad de lo que es, para serla y, de ese modo,

---

<sup>9</sup> Uno estas dos palabras en una sola porque, *bien entendidas*, resultan equivalentes o al menos se reclaman mutuamente, en la línea de aquella célebre frase del obispo Jacques Gaillot que dio título a uno de sus libros: *Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada* (Santander, Sal Terrae, 1995).

hacer posible que se convierta en Vida. Un reconocimiento, por otra parte, que únicamente será posible cuando, acallando la mente y los movimientos del ego, más allá de los conceptos y de las palabras, dejando caer creencias y etiquetas de todo tipo, *dejemos que la Verdad sea.*

## JESÚS

Antes de que Abrahán naciese, yo soy (Jn 8,58).

No podíamos empezar sino por esta palabra: «Jesús». A la mejor teología cristiana le gusta insistir –con toda razón, si se entiende bien– que el cristianismo es fundamentalmente una persona: Jesús de Nazaret. Una afirmación que, desde la perspectiva no-dual, todavía se hace más auténtica, verdadera y adecuada. En la referencia cristiana, Jesús es el «espejo» nítido en el que todos sin excepción nos reconocemos. Con esta nueva perspectiva caen por tierra no pocos problemas de la dogmática clásica, que en realidad eran solo pseudo-problemas. No porque ahora tengan respuesta, sino porque se descubre que las preguntas carecían de sentido: eran solo falsas preguntas o preguntas-trampa surgidas en un modelo equivocado.

En el *modelo mental* impera la separatividad y la comparación. Y desde esos parámetros –que no son adecuados ni mucho menos definitivos, sino únicamente consecuencia que impone el propio modelo y, en último término, la mente– se inquiere sobre la naturaleza de Jesús, su diferencia con respecto a nosotros, su lugar «especial» con respecto a Dios, su rol decisivo y único en la salvación y en la humanidad, su parangón con otros sabios, maestros o líderes religiosos... Demasiadas cuestiones que, desde el modelo mental, no encuentran respuesta adecuada, conducen a aporías irresolubles o exigen hacer equilibrios que únicamente son válidos para quien comparte esa propia creencia apriorística.